

SABINO CABEZA

EXPEDIENTE HERMES



minotauro

SABINO CABEZA

EXPEDIENTE

HERMES

minotauro

Expediente Hermes

© Sabino Cabeza Abuín, 2025

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta e ilustración: Cover Kitchen

Ilustraciones de interior: José Fonollosa

ISBN: 978-84-450-1956-6

Depósito legal: B. 979-2025

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

X: @minotaurolibros

Apenas había sangre. Sólo unas diminutas manchas en la ropa de cama que no bastaban para suponer un homicidio. Y ella jamás suponía nada. No sin pruebas sólidas.

Se acercó un poco más y observó el cadáver entrecerrando los ojos: mujer de mediana edad, piel pálida, cierto sobrepeso y esa flacidez propia de quien no es muy amante del ejercicio físico, pero sí del buen comer.

Sin escáneres ni detectores, su examen no iba a ser concluyente; sobre todo con su presbicia, que sólo un Certificado Médico Alfa eliminaría por completo. Certificado que quedaba muy lejos de sus posibilidades económicas, por supuesto. Pero la experiencia es un grado, decían sus colegas. Y ella tenía mucho de eso: experiencia. Colegas, como el dinero para el Alfa, no tantos. No era persona de relaciones amistosas. Las justas para soportar el tedio de los largos viajes. En los que nunca..., casi nunca, pasaba nada.

Bueno, esta vez no iba a ser así, pensó mientras seguía con la mirada el reguero de pequeñas manchas rojas sobre las sábanas revueltas. Su trabajo normal en esas travesías consistía en rellenar infinidad de formularios para los seguros y la Policía Portuaria por robos, estafas, peleas de bar y disputas familiares. En esta ocasión quizá viera novedades. Muertos sí solía haber: percances absurdos, pasajeros idiotas saltándose las normas de seguridad en las actividades de riesgo, infartos repentinos...

Homicidios, no tantos. Por lo común, más o menos accidentales. Y, de cuando en cuando, algún asesinato. Pero éstos eran muy infrecuentes, salvo que se consideraran como tales las

desapariciones misteriosas de algunos clientes. Pasajeros que una mañana cualquiera no respondían a la llamada del servicio de habitaciones, o que no se presentaban a la cena. O a quienes no se los volvía a ver por lado alguno. Se daba por hecho que se trataba de ajustes de cuentas por deudas de juego, asuntos privados, quizá de tipo sentimental, o negocios aún más turbios en los que la administración del navío, por orden de la empresa, jamás intervenía. Los cruceros entre la Tierra y Júpiter solían ser una excusa perfecta para transacciones comerciales poco elegantes. Y una buena parte de la clientela de Starliner Cruises se componía de magnates, políticos y espías financieros, muy aficionados a esos ajustes de cuentas. Otra parte importante la componía gente del mundo del lujo, el placer, el poder y el desenfreno. Un mundo absolutamente ajeno a ella, ajeno a su vida de tedio y de papeleo burocrático. Una vida que, a sus cincuenta años, consistía sobre todo en dejar pasar el tiempo hasta la todavía lejana jubilación. Starliner Cruises pagaba muy bien a sus empleados. Además de una más que decente pensión, había que considerar la indiscutible ventaja de un Certificado Médico de nivel Beta-2, algo al alcance de no mucha gente. El tedio y el papeleo merecían la pena.

La tercera semana de las dieciséis que duraba el viaje casi había concluido. Si estaba ante un homicidio... Bueno, sería un agradable escape de la rutina que la mantendría entretenida hasta el fin del periplo.

Comprobó la hora: las ocho y siete de la mañana. Apenas había pasado una hora desde que la doncella diera la voz de alarma. Siendo la Jefa de Seguridad, podría haber acudido más tarde, cuando su personal hubiera hecho todo el trabajo previo. Pero para cuando recibió el aviso ya estaba despierta. Y levantada. Y duchada. Y desayunada. Y preparada para cualquier eventualidad. Pasaba así, preparada, la mayor parte de su tiempo. ¿Para qué? No estaba muy segura. Quizá para algo que, al parecer, nunca terminaba de ocurrir.

Tedio. En eso consistía su trabajo: en soportar el aburrimiento de las largas horas de los ciento y pico largos días de la

travesía. Un aburrimiento tanto mayor cuanto más se divertían los pasajeros. La Compañía se aseguraba de que la estancia de sus adinerados consumidores de lujo fuera inolvidable. A cambio, eso sí, de astronómicas cantidades en créditos terrestres. O en créditos marcianos. O cinturonianos, daba igual. Cualquier moneda virtual era bien recibida. De esa colosal cantidad a ella le llegaba un porcentaje irrisorio. Su labor como Jefa de Seguridad del *SC Schettino*, bien remunerada si comparaba su sueldo con el de la gente corriente allá en la Tierra, no bastaría sin embargo para comprar un pasaje en su propio buque. Necesitaría medio año de trabajo para pagar el más barato, el paquete *Sensación de Vivir*. Al tratarse de tercera clase, no incluía ni las inmersiones en la atmósfera de Júpiter ni cenar en la mesa del capitán. Y, por supuesto, tampoco incluía la carta exclusiva de *lovebots*, todos de última generación: los LPT-Xmax, adaptables, moldeables y capaces de una conexión neural de amplio espectro para... ¿cómo decían los folletos informativos?, sí: *desatar tus fantasías; incluso las más oscuras. Si puedes pagarlas, puedes disfrutarlas. Y sin sentimiento de culpa*. No era mala propaganda, había que reconocerlo. Hacer lo que quisieras sin sentirte culpable...

Volvió a prestar atención al escenario, pero en esta ocasión se detuvo a los pies de la cama. El lovebot de la difunta, desconectado e inerte, parecía muy poquita cosa. En su estado basal sorprendía su blando aspecto de muñeco antropomorfo. Un ser rechoncho de pálida y translúcida superficie, carente de todo rasgo definitorio. Y sorprendía más si pensabas en la versatilidad de su apariencia una vez activado su programa. Esa cosa amorfa vagamente humanoide, de apenas metro y medio de altura, podía adoptar el aspecto que quisieras. Los había por doquier, acompañando sumisos a sus usuarios. Y no los distinguirías si no fuera por la señal identificativa de sus balizas. Que sólo detectaba el personal de Seguridad, por supuesto.

Un lovebot no abandonaba el camarote de su dueño sin un localizador activo. No podías prohibirles a los clientes ricachones sacar a pasear a sus parejitas artificiales, faltaría más. Para

eso pagaban, y pagaban caro. Para hacer demostración de ellos. Y parecían tan reales, tan... humanos, que sobrecogía observar su comportamiento. ¿Artificiales? Qué adjetivo tan escaso de talla...

Se lo había preguntado más de una vez: ¿tan interesantes eran? Su compañía, los placeres que procuraban, ¿eran tan intensos, tan maravillosos? Eso afirmaba la empresa fabricante, así que en alguna ocasión se planteó en serio alquilar uno y probarlo. La tripulación gozaba del privilegio de hacerlo a un precio especial, pero, aun así, habría sido desperdiciar una parte importante de su sueldo. Un lujo absurdo. Un capricho demasiado caro que, eso quería creer, no merecería la pena.

Pero, si los ricos y poderosos pagaban sin rechistar por semejante lujo, quizá sí lo valiera. ¿Cómo sería montárselo con uno de esos seres? Más de una vez, lo reconocía, fantaseó con acostarse con un tipo hecho de... Bueno, no tenía ni idea de qué estaban hechos los lovebots. Porque el que tenía justo ante sus ojos parecía gomoso, de un color blanco amarillento. Blanco roto. Blanco enfermizo. Eso por fuera. Por dentro..., imposible saberlo. Sólo sabía que esa piel artificial era capaz de adoptar el color, la textura, el aspecto que el cliente deseara. Y lo mismo respecto a su tamaño y complejidad. La forma básica podía crecer, hacerse más alta, más gruesa, más musculosa. O todo lo contrario: ella había visto lovebots contrahechos y achaparrados, feos y deformes. No dejaba de sorprenderla el descubrir qué le gustaba a la gente. Podías suponer que a los ricos sólo les atraen las personas guapas y estupendas, pero en cuestión de gustos... Un psicólogo de la Sección Sanitaria le dijo una vez que no era raro que los poderosos diseñaran a sus compañeros biónicos de formas heterodoxas. Más allá del brillo que cegaba a sus admiradores o subordinados, detrás de la máscara del poder solían esconderse personas tristes, dañadas, abandonadas o profundamente perturbadas. Sus lovebots eran en ocasiones reflejos de un pasado turbio enterrado tras la rutilante apariencia del éxito. Tal vez amores perdidos, o incluso relaciones tóxicas de las que, a pesar de todo, nunca supieron distanciarse. Los amantes arti-

ficiales, según la empresa fabricante, podían resultar muy saludables para un corazón maltrecho. Pero ella no comprendía demasiado bien el funcionamiento de ese traicionero órgano. El suyo, al menos, molestaba poco en esos asuntos. Lo tenía bien domesticado: relaciones no muy largas, placenteras y sin compromiso. Algo que llevaba muchos años yéndole muy bien.

Había que reconocer que esos... *aparatos* poseían funciones muy sofisticadas. Un lovebot adoptaba no sólo el sexo que decidieras. También el género, la orientación sexual y, por supuesto, la manifestación corporal que te agradara. Mujer, hombre, formas intermedias, ambiguas, con semblantes de lo más variado. Con pelo, sin pelo, con atributos orgánicos a tu completo gusto. O disgusto, porque había quien los alquilaba con el objetivo específico de pasarlo mal.

En cuanto a su programación... Bueno, una de las consignas de Bionic Entertainment lo dejaba claro: *no hay límite para tus fantasías: si puedes pagarlas, puedes disfrutarlas*. No había límite, eso afirmaban, ni moral ni ético. Lo que hicieras con tu *bot* en la privacidad de tu cama era asunto estrictamente tuyo. Nadie te pediría cuentas. Ni siquiera estaba limitada la capacidad de hacer daño. Si el cliente deseara que su lovebot lo hiciera sangrar durante el sexo, pues nada: concedido. Si lo que deseara fuera algo aún más radical, concedido también. De hecho, se había encontrado con más de un caso de suicidio asistido mediante un bot. Y, legalmente, nada podía impedirlo.

Lo único prohibido, por supuesto, era que el bot agrediera o dañara a alguien que no fuera su dueño, o, como lo llamaban en la jerga comercial, su *domme*. Su dominador. La relación entre el cliente y el lovebot, determinada con exactitud matemática en el prolijo y extenso contrato de arrendamiento y uso, definía todos los parámetros de interacción. No contratabas el servicio, en cualquiera de las muchas opciones ofertadas por la empresa, y simplemente lo utilizabas. Qué va. La correcta adaptación del bot al cliente exigía un estudio previo, tanto de los aspectos físicos como psíquicos. El lovebot se diseñaba para ti, exclusivamente para ti. Bionic Entertainment te garantizaba un

noventa y ocho por ciento de satisfacción. Y no un ciento por ciento porque, afirmaban con petulancia, sus productos eran tan reales que, como los humanos reales, no podían satisfacerte del todo. *Tenemos vocación de imperfección*, rezaba otro de sus lemas. Ella no terminaba de cogerle el punto a semejante divisa. ¿Qué demonios significaba?

¿Y éste que tenía a sus pies? ¿Qué había ocurrido con éste? Se arrodilló para contemplarlo más de cerca mientras sus dos asistentes, Dris y Kai, cumplían con el protocolo inicial. Hologramas, escáneres situacionales, toma de muestras y diligencias previas. Podía dedicarse así a observar con atención, algo en lo que era realmente buena. Tras años de práctica había desarrollado una técnica que, para sí misma, llamaba *atención flotante*, una suerte de análisis carente de juicios y ajeno a la siempre peligrosa tentación de imaginar anticipadamente. *Primero, se decía siempre como un mantra, recoge las pruebas. Segundo, analízalas. Y luego usa la razón. Pero abstente de imaginar... Eso después, cuando haya que rellenar los huecos.*

El bot se hallaba en decúbito prono... más o menos. Porque parecía caído de cualquier forma sobre el escabel tapizado a los pies de la cama. Su cabeza, si así podía nombrarse a la bulbosa excrescencia de la parte superior del cuerpo, colgaba desde el asiento. En el estado basal su rostro apenas existía. Ojos, nariz, boca y demás rasgos fisonómicos eran apenas un bosquejo, no más que una caricatura humana. En cuanto al cuerpo... Bueno, podría afirmar que lo que veía desde esa posición era su trasero. Aunque hacía falta mucha imaginación para captarlo. Sí, ahí estaba: una zona más o menos redondeada, ligeramente dividida en dos mitades. Un culo primigenio, informe. Apenas un esbozo de culo.

En los registros de seguridad sin duda habría imágenes del bot acompañando a su dueña. Seguro que lo habría visto alguna vez, aunque ahora no lo recordara. Un tipo apuesto, supuso. Las parejitas de la feliz y despreocupada *cosmic set* solían estar diseñadas según el mismo patrón: belleza y juventud. Pero vista así, nunca imaginarías en qué podría llegar a convertirse esta

cosa informe. Lo mismo podría haber sido un musculoso varón caucásico que una diminuta hembra oriental. O una musculosa hembra nubia, un diminuto varón mestizo, o incluso un apolíneo espécimen de una raza alienígena imaginaria, de color azul y con escamas de dragón chino. El aspecto del bot podría ser cualquiera. Si a éste lo hubieran hallado así, desactivado y tirado en cualquier pasillo, no habrían podido conocer su identidad sin conectarse a la base de datos de Bionic, algo imposible si la empresa no lo autorizaba. Privacidad, por supuesto. Porque incluso la baliza se desconectaba si el bot también lo hacía.

Su ojo experto notó enseguida algo diferente. Se agachó un poco más provocando quejas en sus rodillas. No era tan ágil como antaño, qué se le iba a hacer.

En el suelo, en la espesa alfombra de pelo plateado, había una pequeña mancha de sangre. De algo rojo, al menos. No debía anticiparse al análisis de las muestras. La mancha estaba justo debajo de la entepierna del bot, en el punto exacto que correspondía a su pubis. Apoyando una mano en la alfombra giró la cabeza para asomarse bajo el rechoncho cuerpo inerte caído sobre el escabel. No había nada en su ingle, por supuesto. En el estado basal todo revertía a su inexpresiva esencia. Pero, como en el suelo, algo rojizo podía verse en la zona en cuestión.

¿Sangre también?

—Inspectora Deckett, el equipo forense ha llegado.

La aguda y un tanto chillona voz de Dris no la sacó de su atenta observación. Siguió mirando la mancha durante unos segundos más.

—Gracias, Dris —respondió alzándose. Sus rodillas protestaron de nuevo—. Dejadlo todo como está y que empiecen. Quiero los análisis lo antes posible.

—Sí, jefa. —La muchacha se dirigió a su compañero—: Vamos, Kai, termina el escáner y salgamos.

El doctor Bao Tian, maletín en ristre, se acercó a la inspectora y la saludó sonriente. Su talla lo obligaba a mirarla alzando mucho la barbilla. Deckett era una mujer muy grande y él un hombre muy pequeño.

—Buenos días, Durga querida —dijo improcedentemente alegre ante la ocupante del lecho—, quizá esta vez tengamos un viaje interesante. ¿Quién es la dama? Alguien de alcurnia, dado que estamos en el Nivel Luxury. Con una de esas... cosas. Amantes artificiales... En fin.

Deckett observó un instante el cuerpo desnudo sobre las sábanas. Normal que el forense no la hubiera reconocido: la cabeza estaba vuelta hacia el cabecero y no se veía su rostro. El complicado peinado que la hizo famosa en todo el sistema solar, una inverosímil mezcla de peluca, pelo natural y joyería, se ocultaba tras el borde del lecho.

—Te presento a la fastuosa, increíble, famosa y soberbia Condesa Planck. —Así, con tanto adjetivo, la conocían en todos los Nodos Sociales. Hizo un gesto de asentimiento ante la expresión sorprendida del médico—. Sí, Tian, ella misma. Una de las personas más ricas y poderosas de la Federación Terrestre. Y de las más odiadas del universo. Me temo que será como dices. Este viaje va a resultar más interesante de lo que nos gustaría. En fin, os toca a vosotros. Luego hablamos.

El médico asintió despacio sin decir palabra y sin prestarle ya atención. Observaba con esmero científico el cuerpo mientras abría la maleta con su material de trabajo. No había muchas ocasiones para estudiar tan de cerca a una auténtica celebridad. Que ahora, muerta, alcanzaría fama universal. ¿Por qué los famosos se volvían más famosos al morir?, pensó el hombrecillo al acucillarse junto a la cama. Para él, los muertos eran sólo la verdad desnuda tras la apariencia. Al morir, lo que realmente fuiste se muestra sin velos. Ante la muerte no caben subterfugios ni disimulos. Pero has de saber mirar, por supuesto...

Y, como era costumbre en el pequeño forense, Deckett lo oyó murmurar mientras trabajaba. Tian siempre dialogaba con sus interfectos como si sólo estuvieran dormidos.

—Bueno, querida. No te preocupes, te trataremos bien. ¿Qué ha pasado, preciosa? ¿Qué puedes contarnos? Tranquila, ya nos irás diciendo. Estás en mis manos ahora...

Deckett cerró la interfaz neural de su anotador y salió del camarote. Tenía que solicitar lo antes posible los permisos para acceder a los datos privados de la muerta. Lo que incluía la memoria de su lovebot, por supuesto. Quizá el único testigo de lo ocurrido. No sería fácil: Bionic Entertainment se opondría con todas sus fuerzas. Pero nadie, ni siquiera la poderosa empresa, pasaba por encima de la autoridad del capitán de un navío en tránsito intermundos.

Iba a ser un viaje interesante, no cabía duda.